

"UT, FA FA" CUENTO FANTÁSTICO INFANTIL

por ESTEBAN CARDA RIUS

Al principio creó Dios los cielos y la tierra.

Un silencio absoluto; nada de nada. Sólo su espíritu, que lo llenaba todo. Paz.

Luego la cosa estalló y se complicó. Aparecieron el día y la noche.

Irumpieron grandes ruidos.

Las montañas de fuego crecieron y cuando se enfriaron, abrieron los cráteres volcánicos y expulsaron lava de sus entrañas.

Sol y luna.

El ruido aumentó. Bum..., bum...; el magma hizo ssff..., ssff..., arrastrando cuanto hallaba por delante, dejando por el tiempo la tierra preparada para los árboles, las plantas, líquenes y hongos.

Fue la primera utilización del ruido a escala universal. Las enormes chimeneas simulaban tubas, los bajos metálicos de las grandes orquestas: bu, bu, bu. Los timbales y los bombos: pum, pum, pum.

Los monstruos, los grandes reptiles; y el hombre y la mujer, aparecieron.

No se sabe lo que duró aquel desbarajuste. Poco a poco, con lentitud, sin darse cuenta, todo se apaciguó. El ruido fue echado a un rincón del universo, recluido en enormes almacenes siderales.

* * *

¡Ah!. Soy una partícula infinitesimal de aquel montón de vibraciones y movimientos que producían los ruidos. Pero no lo sabía.

Muchísimo después, me enteré que era una semifusa, media fusa, exactamente.

Desde que apareció el día y la noche, el tiempo se podía contar, medir, utilizar. Pero nadie sabía hacerlo.

Unos lagartos enormes arrastraban sus rabos, sus colas, haciendo un ruido parecido a friss..., friss... Abrían sus fauces; ang..., ang... Las coníferas, largas, potentes, chapoteaban, chup..., chup..., por tierras pantanosas y cenagosas.

En el gran almacén de los ruidos, algunos movimientos de la masa violenta

y viscosa, hacían: glu..., glu..., elevando enormes burbujas.

* * *

Un día, el gran bicho, sin darse cuenta, movió la lengua de distinta manera, abrió las fauces, expulsó aire y el ruido que emitió sonó distinto, como un silbido. Todos los bichitos que pululaban a su alrededor, volvieron sus cabezas asustados. ¿Qué era aquello?.

En la orilla del mar apareció una caracola. Casualmente se le hizo un orificio en su apéndice y se sopló por él. Sonó como una trompa: mu..., mu..., mu... La concha cayó de las manos del descubridor que la sostenía y escapó despavorido.

Los cuernos de la cabra y del mamut pronto fueron excelentes instrumentos del sonido.

Las tripas de cualquier animal muerto, secadas y tensadas, produjeron el trémolo: trrr..., trrr..., trrr.

Duró mucho la adaptación: miles de millones de veces se encendió y apagó la luz de todos los días.

Los ruidos no menguaron. Salían a placer del almacén sideral y volvían, pero más educados, más pulidos. El ruido pasó a ser un sonido articulado aún confuso, transformándose en música por la vibra-

ción regular de cualquier cuerpo; se agrupó en espacios largos, cortos, estridentes, suaves...

En el principio del actual milenio, el que ahora se está acabando, se puso nombre a los sonidos: ut, re, mi, fa, sol, la, si...

"Ut", fue desde entonces mi compañera. Estaba representada por una blanca, redonda. Tenía fuerza, decisión, duración. "Ut", por el tiempo fue sustituida por la "do",

Luego vinieron las pautas, allá por el siglo noveno: una línea sola que aumentó hasta cinco, el pentagrama actual. El compás que catalogó las notas: la redonda, la blanca y la negra, la corchea y la fusa. Yo soy una fusa, pero la mitad. Mi amiga y protectora, la "ut", es una blanca, en plenitud de su largura, potencia y poderío. Hicimos buenas migas y nos entendimos, desde siempre, cuando las montañas empezaron a refrescar sus picos y laderas.

Primero nos soltaban, ¡hala!, a correr, a armar jaleo. Luego volvíamos a casa como si nada hubiera pasado. Fueron los tiempos de las trompetas bíblicas de plata batida a martillazos.

Pocos sonidos quedaban fuera del almacén porque en conjunción con la retransmisión oral eran pobres, casi no existían. Regresábamos a casa, tarde o temprano.

Por el mundo había unas docenas de humanos que querían retenernos, que perdurasen los sonos; pero pocos lo conseguían.

Llegó un tiempo que las notas salían y no regresaban: se quedaban fuera.

Tuvimos noticias que unos monstruos, los hombres, coleccionaban las notas pegándolas a grandes libros colocados en facistolos, atriles enormes en los coros de las catedrales, colegiadas y arciprestazgos. Con varas largas, las señalaban y golpeaban haciéndolas chillar. Todos los huma-



nos allí reunidos, imitaban sus sonidos aprendiéndolos.

El gregoriano, uno de los más hermosos cantos de todos los tiempos, nació así: y las hermanas notas que se quedaron fuera del almacén para siempre, eran sujetas en hojas de libros enormes, de pesadas páginas de piel de res, roída, adobada, estirada en seco, en iglesias y monasterios románicos y góticos.

* * *

"Ut", fue mi amiga íntima. Compartíamos nuestras cuitas. Nunca quisimos abandonar el almacén de la eternidad, si no era con las debidas garantías, con el porvenir asegurado.

Las peticiones de sonidos aumentaban. Pocos regresaban. Iban a parar a composiciones de música barroca, romántica o nacionalista. Imperaron las sinfonías, óperas, sonatas, serenatas, composiciones para toda clase de instrumentos que se iban inventando y para el canto.

Fue la época dorada de la música. Luego, se ensució de mala manera llegando a producirse sintéticamente los sonidos y las músicas falsificadas.

Cuando acababa el siglo pasado decidimos las dos amigas abandonar el almacén y tentar la suerte, a ver qué pasaba. Ella, la primera de la escala, blanca, redonda y radiante, como la novia que marcha hacia el tálamo insospechado del pentagrama, y yo, la cuarta, semifusa, que no llega a nada, ni tan siquiera a un guiño, de sonido pobre pero honrado.

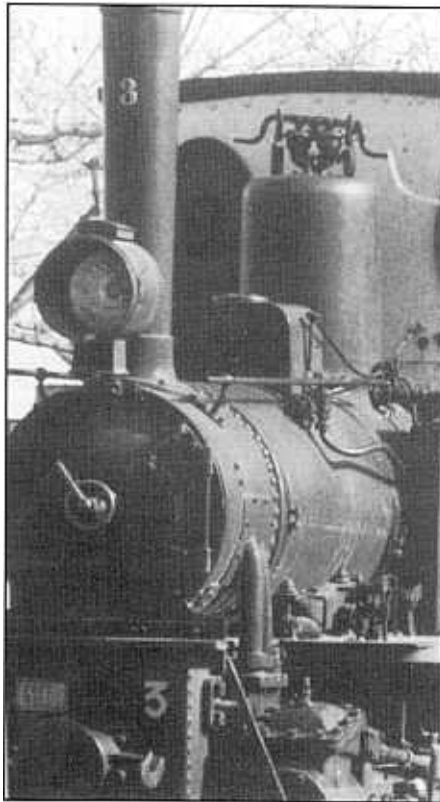
"Ut" era la permanencia, y "fa", la picardía. Formamos una preciosa cantata: "Ut, fa fa". Toda la potencia arrolladora, montada sobre ruedas y rieles, avisando la carrera de un tren imaginario.

Convencidas que era la seguridad en el siglo de las luces, la garantía del trabajo, el porvenir asegurado, nos lanzamos a la busca y captura de un tren para toda la vida, aportando la sencilla y expresiva frase musical: "Ut, fa fa".

El tren exprés, de locomotora enorme, el sevillano, el tren de mercancías, el borreguero, no nos quisieron: éramos poca cosa para la magnitud y soberbia de ellos.

Encontramos al tren ideal, como si estuviera esperándonos, hecho expresamente a nuestra medida. Lo llamaban "La Panderola". Volaba, leré, leré, por la Plana: "De Castelló a Almassora, xispum, tracatrac; Vila-real i Borriana".

Exiguo recorrido, pleno de aventuras inquietantes e inesperadas, que podían



surgir al volver de cualquier esquina. Volaba por la Plana veloz, audaz, osado, decidido y valiente: subía hasta Onda jadeante, bajaba divertido y feliz. La "ut" se alargaba, -uuuuuutt-, en cualquier cruce de caminos, saludando al carretero con su carro, que dejaba atrás; y yo, con mi "fa fa" que pocas veces se sabía escuchar y entender, con mi delicadeza y finura, completaba la frase armónica. Un tren pequeño, de llanura, de planicie, pero que sabía pechar en un duro trayecto como el de Vila-real a Onda.

De Vila-real a Castelló y al Grao, pasando por Almassora, comenzaba sus andanzas y marchaba lentamente, procurando no atrapar a nadie, como el toro manso busca la barrera para defenderse del bailarín de colorines y luces que le busca estoque en mano. Jamás de los jamases pensó "La Panderola" dañar a nadie y menos a los niños; y para más inri, metieron delante del tren, para que fuese a pié, un peón caminero, apartando los impedimentos urbanos. No atropelló a ninguna "agüela", a pesar del mote insultante.

De Vila-real iba a Borriana, adentrándose por los campos naranjales en el viaje más poético, romántico, de enamorados, buscando el mar nuestro de cada día.

Por la vía pública, el "ut, fa fa", largo y fuerte, en los campos, suave como la brisa, apenas si se dejaba oír.

Eramos felices entonando el "ut, fa fa", con la dulzura indolente de un ada-

gio por los caminos rurales, o la briosidad del allegro vivace por las calles.

Pascual y Vicenta, eran un matrimonio feliz, labradores. Dedicaban su tiempo, además, a la transformación de una parcela de secano, improductiva, en huerto naranjal; y a la cría de sus hijos, Pasqualet y Vicenteta, que derrochaban alegría a su alrededor.

Compraron unos terrenos rocosos y baldíos, allá a "l'Hora", cerca del empalme del camino de Betxí, a la derecha subiendo, colindando con la "Panderola". Poco a poco se iba logrando la garantía del porvenir de sus hijos, el huerto de artesanía pura.

"Ut, fa fa"...

- *Centeta, aquesta "Panderola" xiula més que els altres dies*.

- *Centeta, vine al meu costat, no t'arribe la "carbonilla" del tren.*

"Ut, fa fa"...

La "Panderola" llegaba, pasaba lentamente hacia arriba o bajaba rauda, hasta perderse en la recta de paralelas de rieles que confiaban juntase allá en la eternidad.

Los niños jugaban en los terrenos del campo, arrastrando un tren de cajas de calzado vacías, unidas por cordeles.

- "Ut, fa fa"..., simulaban en su juego, llamando quizá la atención de la "Panderola" que se acercaba.

Todos los días así, en la seguridad que nunca pasa nada.

* * *

"Ut, ut" y el "fa fa", apenas si se notaba.

Pasó veloz, más veloz que sus posibilidades le permitían. Enseguida estuvo lejos, como si huyera a esconderse donde nadie la viese ni conociese.

"Ut, ut, fa fa"...

- *Vicenteta, on són els xiquets?*

Corrieron hacia la carretera, cruzaron la vía estrecha de la "Panderola" que ya se había perdido en la lejanía sin curvas: allí, sobre los rieles, destrozado, el tren de cajas de cartón, apenas reconocible.

- *Ai, mare! Fills meus, on esteu?*

- *Ai, Sant Pasqual, que m'els han xafat els dos: ai, mare!, ai, auxili, auxiliiii!!*

Abrazados quedaron, hombre y mujer, sin atreverse a chistar, ni respirar. Ella, no se movía, quedó inerte, desmayada, sin fuerzas, en brazos de su hombre.

La "Panderola" asesina, está lejos, se ha perdido, sólo es un punto en la lejanía, no se distingue ni se adivina la

canturela del "ut, fa fa".

- *Mare, mare...*

Al lado opuesto de la carretera, un poco más a la izquierda, apartados, estaban sus hijos, Pasqualet y Vicenteta, sonrientes, felices, contentos, cogidos de la mano de dos muchachos en mangas de camisa, una camisa blanca, otra negra.

Abandonó el esposo a la esposa en el suelo, dulcemente, cruzó la calzada desesperadamente, corriendo hacia los hijos.

- *Mare, mare, desperta't, no passa res. Uns xics, ens han agarrat i d'una estirada ens han tret quan la "Panderola" pasava...*

- *On són eixos xics?*

La madre volvió en sí; empezó a llorar, como si quisiera regar el huerto con sus lágrimas. No podía separarse de sus hijos, apretujados sobre sus pechos.

- *No passa res, mare, de veritat, ho jure. Jugavem a la vía i dos homens ens apartaren quan la "Panderola" venía i estava damunt.*

- *On están ara?*

- *No ho sé. Se n'han anat, allà lluny.*

- *L'un era prim menut, secallós i negre. Portava camisa negra i coll de campaneta. Es deia "fa". Qu'in nom mes raro.*

- *L'altre, blanc, tenia camisa blanca, era gross i parlava com si fora l'amo del mon.*

Allà en la lejanía, las pitadas agudas, -"ut, fa fa"-, de la "Panderola", alegres, con la satisfacción del deber cumplido y la humareda de su caldera, apenas si se distinguían.

* * *

Murió la "Panderola", nacida en 1889, fenecida en 1963, sin pena ni gloria. Tres cuartos de siglo de correr, -vaya eufemismo-, "de Castelló a Almassora, Vila-real a Onda i Borriana".

Nadie la lloró.

Sus bienes quedaron en ampliaciones, en parques y jardines, con algunas locomotoras Krauss fabricadas en el imperio alemán de aquel entonces. Unas máquinas con calderas apagadas, chimeneas de cuello estirado de jirafa y silbato mohoso, que nunca jamás salbarán de sencillas estrofas, -"ut, fa fa"-, que asustaban a caballerías y "agüeles".

Ni de niños que, jugando, la llamaron con el "ut, fa fa".

Descanse en paz.

La nota musical "ut", nunca más volvió a ser lo que fue. Pasó a la "do" de denominación común, primera de la escala y la octava, entre la tercera y cuarta línea del pentagrama. La "fa", siguió entre la primera y segunda línea.

Fueron cogidas de la mano, danzando de aquí para allá, mientras la estrofa que ambas compusieron, -"ut, fa fa..."- perduró, sencilla y sin mácula, entre las cantinelas infantiles de la época.

Luego..., se fueron muriendo de asco.

Resolvieron regresar al primigenio rincón del universo, en el enorme almacén espacial, sideral, junto a las estrellas rutilantes.

Allá se fueron.

Toda la música sin estrenar, virginal, que allí estaba almacenada a la espera de inspiraciones futuras, las recibió con una sinfonía de aplausos.

La Luz cegadora del cielo infinito, "ut, fa", las señaló; y estampó su resplandor para toda la eternidad, como un beso de Dios.

TG **TRANS- GRAU, S.L.**
TRANSPORTES INTERNACIONALES



Prol. Av. Pío XII, s/n.

Apartado de Correos, 169 ☎ (964) 52 10 69

Fax. 52 13 58 - 12540 VILA-REAL (Castellón)